

## Lo que el tiempo se lleva\*

Manuel Flores Mora

### Palabras

Un viejo proverbio inglés dice que se necesita toda clase de gentes para hacer un mundo. No es de extrañar, por consiguiente, que pasen toda clase de cosas. Si realmente, como estableció Platón, el asombro es la causa de la filosofía, los años que estamos viviendo darían para un especial florecimiento de la metafísica, o para su completa desaparición, en una humanidad para siempre amputada de la capacidad de asombrarse.

### Idioma y Consumo

Ahora nos hemos puesto todos a cambiar el idioma. Desaparecen modos, palabras, tratamientos que creíamos consustanciados con el aire y la tierra. Hasta hace poco los estudiosos de las letras se ocupaban en hurgar el sentido recóndito de las palabras. Ahora se les va el tiempo en explicar por qué desaparecen. Es que también las palabras, como los miriñaques, como los parasoles, un día abandonan la circulación y no hay dónde encontrarlas.

En España, está desapareciendo el "usted", como antes desapareció "su padre", el "vuesa merced". Dámaso Alonso dice que fue durante la guerra. Que en el campo franquista campeaba esa obligación de fortaleza y juventud que constituye una de las irracionales manías del fascismo. Obligados a sentirse políticamente jóvenes, todos se trataban de tú. De tú, asimismo, por razones de igualamiento proletario, se trataban las gentes en campos de la República. Personalmente pienso que se equivoca. Cuarenta años es mucho tiempo y el "tú" (como si dijéramos, el "che y vos" rioplatenses) traduce una realidad de consumo menos desdeñable de lo que se supone, donde no es tanto que los jóvenes manden, como que los mayores han comenzado a apostar al resto de juventud encerrada dentro de ellos.

Ya no hay viejos. Hay niños, más o menos freudianos a los que no se masacra con la sopa. Hay jóvenes en franja de Travolta, cortados de la generación anterior. Y hay "tercera edad". Por encima de la tercera edad, se llega directamente, si se llega, a octogenario, que es la otra palabra que perdura. Pero sin atravesar por el dulce estado de viejo, abolido quizás por razones precisamente de milenaria vejez.

Un poco como en aquel pasaje genial de *"Sombras sobre la tierra"* en que un gurú le pregunta a otro si tiene tata, y recibe la absurda, notable contestación:

— *No. Tengo mama y bisagüelo, no más.*

Así estamos. Hemos hablado décadas de la "generación perdida", que jamás conseguí averiguar a cuál se referían. Lo que es lógico, desde que se perdió. Y ahora tenemos una franja perdida. Una franja de edad que ya no existe. Se perdieron la cuarta, la quinta, la sexta y la séptima. De la tercera se salta a la octava del octogenario, que es ese del cual dicen los diarios habitualmente que "fue

---

\* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

arrollado ayer en la intersección de etcétera". Así es la vida, una cosa de mama y bisagüelo y no más.

### **Vocablos consumados**

No sé dónde leí hace algún tiempo sobre una fábula turca memorable. Los árboles del monte veían inquietos entrar a un hombre con un extraño artefacto al hombro: un hacha. Hasta que una elemental reflexión los tranquilizó. "No preocuparse. El mango, por lo menos, es de los nuestros".

Así nos tranquilizamos con esto de la tercera edad. En mis tiempos "tercera" era palabra despectiva. Era tercera clase. También en esto el idioma ha cambiado y se murió la lógica. Ya no hay segunda clase. Hay primera y turista. Como en el poema inmortal de Vallejo mucho se ha muerto. Se murió el vintén. Se murió el real, aquel real con el que Don Martín Arregui me dijo un día que había comprado una vez un saco de verano en "veinticinco reales". Se murieron palabras insustituibles, alegres, de precioso sabor, como la palabra "araca". Asistimos ahora a la muerte de la palabra "anciano". Se acabaron los ciegos, que ahora son no videntes. Y los negros, disminuidos a mera gente de color. Y a veces, inmersos en el circunloquio psiquiátrico del consumo, uno se pregunta con terror si lo que está herido de muerte no será el viejo "al pan, pan y al vino, vino" con el que se construyó la cultura.

Y comprende esa especie de desafiante gemido de protesta final con que en Madrid vimos hace poco al patriarcal Arturo Soria, clavar sus ojos desafiantes de humanidad en un camarero, para decirle:

— *¡Sírname usted un vaso de... coca-cola!*

Sentí que no era sólo don Arturo Soria. Que eran Lope, Quevedo, Virgilio, Pericles y Abraham, hablando indignados por su boca.

### **El nuevo idioma**

Borges dijo una vez que la idea de escribir algunos libros le producía tanta pereza que prefería imaginarlos ya escritos por otro. Y escribir la crítica.

Con tiempo, con disciplina, con talento, se podría escribir —idea que regalo— un espléndido libro sobre cómo la sociedad de consumo influye sobre los adversarios alertados de la sociedad de consumo, sin que se den cuenta.

Lo más espléndido que he visto en la dirección de ese tema son algunas caricaturas del V Salón de Humor, cumplido en Piracicaba, Brasil.

En una caricatura aparecía una horca muy grande, a la que habían cubierto de esas flores y grandes margaritas de plástico que es usual ahora pegar sobre las baldosas de las paredes de los baños. Como si se partiera de la convicción que bañarse es un acto triste, que necesita confortamiento psíquico. Debajo de la horca, el condenado a muerte, lucía una máscara con una gran sonrisa...

Otra caricatura del mismo V Salón llegaba a mi juicio a la máxima plenitud. Se trataba de una guillotina y delante, en fila, cuatro condenados. El verdugo, con aire de locutor, les decía:

— *Esta es la nueva guillotina G 2, con láminas paralelas. Lo que la primera deja de cortar, la segunda...*

Siempre he sentido que esto de la tercera edad es algo así como el último modelo lanzado al mercado de la pena de llegar a viejo. Es como si dijéramos la vejez, pero con clorofila.

¿Qué dirían los chinos o los griegos, que respetaban a la ancianidad? Pero es que tampoco hay griegos ya. Ni chinos. Hay post-chinos, maochinos. Y ahora eurochinos, es decir, 900 millones de ex chinos menos cuatro ex chinos. Que quedaron en banda.

### **Lo que se salva**

Uno cree que la vida es más fuerte que la moda. Porque la moda pasa. Es un error. Si bien se mira, la moda, cuando pasa, siempre se lleva enredado un pedazo de vida.

Nos quedan, sin embargo, en el uso de cada día, un montón de palabras hermosas. El respeto que me inspiran, el amor que debemos tenerles, me vedan ir a buscar si están o no en ese absurdo que se llama diccionario. Palabras como "camorra" y "estilo" que debemos a los napolitanos, según la argentina Cristina Guzzo. Palabras como "enchastrar" o "bagayo" que vienen del ligur "bagaggi" e "inchastrá", según la misma autora. Pero nadie usa casi aquel espléndido término de "farabute", habitual en el idioma uruguayo de hace un par de generaciones. Seguimos utilizando el insustituible verbo "bichar" del guaraní, pero hasta en el campo hemos perdido la hermosura de aquel "Malaya!", que nos emparentaba con la voz del Cid, y hasta el "artero", que era arcaísmo en España y que, ¡ay! no lo era y ya lo es, en Uruguay también.

Son las pequeñas, inadvertidas penas que siembra el tiempo No es cosa de ponerse conservador con el idioma.

Pero es un poco absurdo pagar fortunas en un anticuario por una palangana de antes. Y renunciar al uso gratis de los términos con que la abuela peroraba en "el segundo patio".

Los montevideanos que tienen veinte años ¿saben qué era "El segundo patio"?

Gómez de la Serna, cuando niño, protestaba cuando su madre en el almuerzo le servía croquetas. Viejo ya, al escribir en Buenos Aires la aquel: "¡Imbécil de mí, qué daría por comer hoy una de aquellas cromaravillas que tituló "Automoribundia", se le escapa como un sollozo quetas de mi madre!"

El segundo patio en las casas de Montevideo, era el lugar a donde no pasaban las visitas. Era... era el segundo patio, en la sociedad donde nadie hubiera comprendido la espantosa palabra "living".

Partir, claro, es morir un poco.

Vivir, acaso no?